
PARTE I

UNA MAÑANA DE TRABAJO

A medida que brotan las palabras que escribo,
me lleno de incertidumbre, y no sé cuándo soy
el dedo, cuándo el barro.

WILLIAM BUTLER YEATS, *UNA VISIÓN*

FRAGMENTO TOMADO DEL DIARIO DE PEDRO JOSÉ DE ARANCIBIA

4 DE OCTUBRE, 1999

Uno

El peruano perfecto es un ser multitudinario: una persona asolapada e hipócrita, que suele adaptarse a las versiones y perversiones de su ambiente. El peruano imperfecto, en cambio, es un individuo de estilo antiguo y en vías de extinción que, a causa de su actitud relajada, su soberbia y su neurosis, resulta tal vez peor que sus demás compatriotas.

Ambos, ni qué decir, habitan en su país de origen, y ambos, por el ansia de poder que suele hacer de nuestro país un pandemonio, se consideran una nación.

No es así. No somos una nación, sino varias naciones. Y en lo que concierne a mi nación, la mestiza, fruto accesorio de la Conquista, somos una nación perdida.

Dos

Una nación, según el diccionario, es un conjunto de personas que comparte un mismo territorio y que habla un mismo idioma y atesora una misma tradición.

Esta idea tiene un lado bello y otro repugnante. Bello es el sentimiento de unión, reconocimiento y confraternidad, y repugnante, feo, abominable, el tácito rencor ante el vecino diferente, especialmente en circunstancias en que una nación gobierna a otra, o que simplemente la avasalla e impone

sus creencias y hábitos. Surgen, en ese último caso, la intolerancia, la intransigencia, el rechazo a una manera de ser que nos ofende.

Y yo, en ese tenor, personifico una viva contradicción.

Soy un limeño de otra época, que vivió y creció en una Lima con un millón de habitantes, y que ahora, presa de fenómenos sociopolíticos, tiene que soportar la invasión de ocho millones de coterráneos, entre ellos gente idónea, culta y simpática, aunque las más de las veces se trata de una horda paupérrima, grosera y con ánimo vengativo, que considera, a su vez, que los limeños descendientes de españoles invadieron primero su país.

Haga lo que haga, pues, no hay salida.

Y esto me vuelve, entonces, un sujeto pesimista, escéptico y automarginal, un individualista tenaz que toma en serio sus sonrisas. No estoy aquí, ni allá. Soy un antipático.

Entre tanto —lo veo a diario—, mis semejantes, los limeños del viejo régimen, esa minoría bien hablada y decadente que prolonga usos del Virreinato y de la joven República (y que asimila las virtudes y taras del mundo occidental, particularmente de los Estados Unidos de Norte-américa), se trasmutan a pasos acelerados, se aíslan en modernos y lujosos guetos, o sencillamente desaparecen del mapa.

¿Qué es hoy el Perú? No lo sé, ni tampoco sé si alguien lo sabe.

Si unos siglos atrás se mencionaba esta palabra, Pirú o Perú, el habitante de otros mundos pensaba en los incas, El Dorado o el Cusco, o bien imaginaba la Lima vista por los viajeros, europeos y decimonónicos, y por Ricardo Palma, las tapadas y algunas leyendas pintorescas. Ahora, para nativos y extranjeros, la traducimos en imágenes: pisco sour, cebiche, papa a la huancaína, Titicaca, Vargas Llosa, Machu Picchu, líneas de Nasca, líneas de cocaína.

Amanece en Lima con una luz diáfana, pura, cosa natural en el cálido mes de febrero, mientras Pedro José de Arancibia despierta plácidamente en su cama y percibe, a través de una ventana ligeramente abierta de su dormitorio, un soplo de brisa fresca en su cara.

Huele a mar.

Alentado por el perfume salobre, Pedro José inicia la ceremonia cotidiana de levantarse, ir al baño, mirarse al espejo y alistar maquinalmente los implementos que le permitirán segar la sombra pilosa de sus mejillas.

El hábito de afeitarse cada mañana constituye, para él, un estímulo vital de primer nivel. Desde los quince años hasta los cincuenta que acaba de cumplir, Pedro José se ha rasurado siempre. Nunca se dejó barba, ni por enfermedad ni por pereza. Tal ha sido su obstinado modo de enfrentar la vida: sentirse limpio, presentable, animoso. Pero treinta y cinco años de agua y espuma revelan, por supuesto, algo más que constancia, sin contar con que producen una depurada destreza en el manejo de maquinillas: desde la clásica Gillette de reluciente metal, que se abría y cerraba haciendo girar la base del mango de madera laqueada, heredada de su abuelo materno, hasta los artefactos ultrasensibles de triple hoja, machaconamente publicitados por la tele como un prodigio de tecnología que el hombre que ingresa decidido al siglo XXI no debe ignorar.

Tantas afeitadas revelan asombro.

Y esto es consecuencia del simple acto de encarar el espejo cada día. A lo largo de más de tres décadas, en las que

incontables veces Pedro José ha mirado fijamente la luz de sus ojos, el tiempo ha trabajado notables cambios en su rostro. Frente despejada (una discreta calvicie), ojeras profundas, pómulos salientes. Ya no es, ni por asomo, el muchacho de piel tersa y sonrisa brillante. Aunque tampoco hablamos de un cincuentón marchito. A decir de sus hijos, que a menudo examinan asombrados su rostro, luce una vistosa madurez. La incipiente calvicie le sienta bastante bien, de maravillas (ellos, sus hijos, no lo imaginan con mucho pelo). Es alto y delgado, de porte atlético, tiene el buen gusto de no teñirse las canas y, bendición de sus genes del lado paterno, carece de arrugas.

Soy un hombre blanco con un valioso porcentaje de sangre india, dice cuando habla en familia sobre los estragos del tiempo. Ese es mi secreto. Soy un blanco a la peruana, un criollo con mestizajes ignotos de diversas generaciones. Si fuera un caucásico de raza pura (¿acaso existen?), hoy estaría arrugado como una pasa. El indígena, en cambio, no tiene edad. Es inexplicablemente joven durante toda su vida hasta que, a los sesenta o setenta años, la vejez le cae de golpe, como un chaparrón.

Sin embargo, en Lima, para todos los efectos, Pedro José es solo un hombre blanco. *El hijo del gringo*, le decían de niño, cuando vivía en el campo. Y hoy, por cierto, mucha gente se dirige a él con un respetuoso *don Pedro*, aunque tal trato, en su opinión, responde a su edad y a su posición, no a su aspecto físico. Dicho sea de paso, ni él ni nadie en su familia se considera racista, a excepción de la necia tía Adolfito, hermana de su difunta madre, quien suele burlarse de todos cuando tocan el tema. *Lo que pasa es que ustedes son el colmo de lo políticamente correcto*, farfulla la susodicha tía con languidez, mientras abre sus claros ojos azules. *Dicen una cosa, pero sienten otra. No aceptan lo que de veras sienten. Y es que, claro, el racismo en estos días es un sentimiento retrógrado, vulgar, poco civilizado. ¡Ser racista es lo más cholo que hay!*

Conviene ahora dejar en claro que la vistosa madurez de Pedro José, que algunas de sus amantes consideran incluso elegante, es un punto a su favor, pero que su vanidad inflexible (él la llama «mi ego italiano, proclive a la vanagloria, la algarabía y el buen humor») resulta un punto en contra; que

su sexualidad, hoy menos exigente que en su mocedad, no quiere alardear (aunque ha ganado en dulzura y parsimonia); y que su acontecer intelectual, por llamarlo de alguna manera, si bien ya no lo entroniza como la centella que cerraba las discusiones con una frase lúcida y lapidaria, le permite aún cosechar la atención, la rabia o la venia de sus congéneres.

Pedro José termina de afeitarse, se enjuaga el rostro y se ducha. Lleva prisa. En el diario ha sido invitado a una reunión del consejo editorial para opinar, debatir y definir el lanzamiento de dos nuevos productos periodísticos.

No es un asunto que le interese particularmente, pero tiene que asistir. Se viste en un santiamén (saco *sport* de tela liviana, camisa blanca, pantalón claro y mocasines) y baja a desayunar en la primera planta de su departamento. Jugo de naranja y papaya, que aprovecha para tragar píldoras antioxidantes (vitamina C y Echinacea Root), tostadas de pan integral y café negro. A saborear el café, servido muy caliente, consagra dos minutos, en tanto echa un vistazo a los diarios, básicamente las noticias de primera plana, e invierte otros dos minutos, que en días despejados se prolongan a cinco, en contemplar el mar por los ventanales del comedor.

Frecuentemente, en ese trance evoca (con aderezos de su propia cosecha) una feliz ocurrencia de Pablo Neruda aparecida en un reportaje de revista dedicado a la casa del poeta en Isla Negra. Una fotografía mostraba su luminoso dormitorio, al borde del mar. Las palabras de Neruda eran citadas en letras destacadas: «Cuando Dios creó el mundo, el océano Pacífico le salió demasiado grande. Lo hizo tan grande, desordenado y azul, que no había dónde ponerlo. Por eso lo dejó aquí, frente a mi ventana».

Pedro José vive en Lima, y esta ciudad, su odiada y querida ciudad, por si no lo saben, es la única capital de un país en el hemisferio americano cuyos habitantes ven hundirse el sol en el horizonte marino. El Callao, San Miguel y Magdalena del Mar, por el norte, y Miraflores, Barranco y Chorrillos, por el sur, son los distritos que constituyen sus miradores naturales, aunque los del sur, por el momento, descuellan como los más alegres y floridos. A lo largo de kilómetros, como asomados a un balcón, parques y edificios se enseñorean en lo alto de los acantilados. Pero Miraflores, según Pedro José, es el barrio más feliz y moderno. Ofrece una mayor sensación de bienestar: el verde y las flores saltan a la vista (de ahí viene su nombre), las construcciones antiguas y recientes lucen bien mantenidas, los servicios municipales no se hacen extrañar (las veredas se encuentran siempre limpias), la policía y el serenazgo dan constante seguridad y, cosa que ayuda mucho, el vecindario paga sus impuestos.

Claro que él exagera la nota. Miraflores, de otro lado, registra sus desventajas: probablemente sea el distrito con más humedad de Lima, los inviernos son un recital de garúas y neblinas, y, dado que concentra la mayor expansión vertical de la ciudad, tiende a un incontrolable hacinamiento.

Si hubiese querido, Pedro José habría podido irse a vivir, en todo caso, a las también acomodadas y verdes urbanizaciones de La Planicie o Las Casuarinas, donde afincan buena parte de la burguesía limeña, pero él no soporta las distancias, ni el tráfico, ni la esquizofrenia de los suburbios. Es un hombre de ciudad y le gusta tener la ciudad a la mano. Si quiere cenar en un restaurante italiano, camina o toma el auto, y en cinco minutos está sentado a la mesa. Si quiere ver una película de estreno, camina un par de cuadras y accede al multicine de Larcomar, que cuenta con doce ventiladas y estupendas salas, en cada una de las cuales se proyecta una película diferente.

Sumado a esto, le encanta la atmósfera de balneario antiguo de la calle Alcanfores, silenciosa y profusamente arbolada. Allí, en la última cuadra, a treinta metros del parque Domodossola, tiene un cómodo *penthouse*. Por las ventanas del norte y el oeste ve la estremecida inmensidad del mar, azul

como ojera de mujer, y por el este y el sur, entre árboles copiosos, la urbe erizada. Edificios altísimos de vidrio resplandeciente coexisten sin estorbarse con casitas de dos plantas, techadas con coquetos tejados. Los alrededores están llenos de cálidos recovecos, el parque Melitón Porras, los sinuosos malecones que a cada curva cambian el paisaje, La Dalmacia (un entrañable restaurante con exquisiteces servidas a la luz de mecheros); en suma, un territorio grato y apacible para quienes se proponen hacer caminatas, pasear un perro dócil y jugueteo, o sencillamente disfrutar de la vida.

Pedro José toma el ascensor y baja al estacionamiento del sótano. Un minuto después, abierto el portón eléctrico, sale raudamente al volante de su impecable Audi A4 verde botella. El sentido del tránsito lo obliga a dar un rodeo al parque Domodossola, bautizado así en homenaje al primer aviador en el mundo que cruzó los Alpes, el peruano Jorge Chávez (en realidad, más francés que peruano, George Chávez: un intrépido señorito con suficiente influencia y dinero como para pilotear en 1910 un aeroplano Bleriot). Domodossola fue el pueblo suizo donde Chávez se rompió la crisma. Los peruanos siempre veneramos los lugares donde nos ha ido pésimo: Arica, Reducto, Domodossola.

Por la zona que mira al mar, el parque discurre frente a cuatro bonitos edificios residenciales, el velatorio de Fátima (detrás de la iglesia del mismo nombre), la austera y solariega casa de reposo cural y el lujoso Mirafflores Park Hotel. Es, de veras, un parque sumamente tranquilo. Sus únicos puntos de movimiento, a excepción de uno que otro vecino haciendo *footing*, provienen del hotel, entre el florido estanque ornamental y la puerta de ingreso cuando arriba algún huésped, o de las dos salas de velatorios que alojan a los difuntos del día. Salvo que se trate de un muerto famoso, los velorios se toleran sin esfuerzo, ya que apenas generan un movimiento sordo, muy parecido a un entrevero de olitas.

Al pasar una y otra vez frente a esos velorios, Pedro José mira de reojo por la ventanilla del auto. Pequeños grupos vestidos de oscuro, cruzados de brazos, aguardan en la acera. Ya se han acercado compungidos al ataúd, ya han abrazado a los familiares más cercanos, ya han intercambiado vagos recuerdos y cuchicheos. Y entonces, con la mirada extraviada, se resignan a perder el tiempo. Algunos, los más íntimos, acompañan el féretro al cementerio; otros, apartándose en la confusión del cortejo motorizado, se las pican a casita. ¿Total? Después de dejarse ver (después de haber cumplido), no tiene mayor sentido para muchos quedarse tanto rato haciendo el tonto, a menos, claro está, que por ahí asome un olor a vainilla: una jovencita tristonada y cabizbaja cuya graciosa anatomía, en hora tan solemne, consiga distraer a los varones presentes.

A un paso de la muerte, la efervescencia de la vida se impone, piensa Pedro José. *Una chica guapa que asiste a un velorio hace más llevadero el patético trance*. Y acto seguido se persigna. Pero, eso sí, nada de garabatos; ejecuta el proceso completo: mano a la frente, al pecho, a los hombros, y remate con fervoroso besito al pulgar. Si bien no se considera cristiano practicante, es un individuo muy supersticioso, al extremo de inventarse cábalas y conjuros de modo rutinario. Y en lo concerniente a muertos, velatorios o lentas carrozas fúnebres que circulan por la calle, no permanece indiferente. Por respeto, por algún miedo secreto, tal vez por intuiciones metafísicas, algo se revuelve en su sangre y lo convierte en un hombre serio y pensativo.

¿Será porque él varias veces le ha visto los bigotes a la muerte? Es posible. Pero aparte de peligros y enfermedades, que nos afectan a todos, la idea de la muerte, a causa de los velorios, lo sacude a diario. Y a diario también Pedro José piensa en todos los muertos: los muertos por las guerras y por las plagas (tribus de aborígenes diezmadas por un resfrío); los muertos por errores médicos, por accidentes, por suicidios, por asesinatos, por terrorismo; los muertos por resbalarse en la ducha; los muertos heroicos por ideas obsoletas y que ya no importan a nadie. Millones de muertos al año. Millones de millones a lo largo de los siglos.

Tal conciencia de la muerte, eso sí, no le quita demasiado tiempo: apenas unos fugaces segundos. Nada de morbo. A lo sumo, como cualquier mortal, remoja la imperceptible y cotidiana aceptación de hallarse vivo. *Vivir*, se dice, *es saber que todos los muertos, aquí y en el resto del planeta, son los cementos de nuestras vicisitudes; vivir es olvidar que habrá un día en que ya nunca podremos rascarnos, ni ver una buena película, ni sentir a nuestro lado un tibio cuerpo desnudo.*

La iglesia de Fátima recibe a los recién nacidos invitándolos a entrar por la puerta grande, la bienvenida del bautismo, y despide a los despojos de ese mismo individuo por la puerta trasera, dice él a quien quiera oírlo.

Pero que nadie suponga que esto es un fastidio; no, de ningún modo. A Pedro José le complace esa invariable confrontación. Además, en razón de su temperamento, matiza su aire serio y pensativo, e incluso se divierte, pues ha elaborado una clasificación de los velorios. De una sola mirada, por ejemplo, sabe si el muerto del día es rico o pobre. Con pobre se refiere a ciudadanos de la clase media ajustada. A los pobres de veras, ni qué decir, se los vela sin pompas. Y a los pobres pelagatos, miles en una ciudad de casi nueve millones, los recuestan sobre la mesa del comedor y, previo trago (aguardiente con patada de burro), los entierran prestamente a la medianoche, a escondidas, en los llamados cementerios clandestinos.

Resulta fácil deducir la solvencia del muerto por los detalles a la vista: las coronas, los candelabros de plata, los lujos del catafalco o de la carroza. El público asistente no determina nada. La gente de buena apariencia en tales velorios, por cuestión geográfica, es más o menos frecuente. Y un buen observador, de hecho, establece sin temor a equivocarse si el muerto es famoso o muy amiguero, si es joven o viejo, si es rico y además solitario, o, lo más triste, si no es rico, ni viejo, ni amiguero, ni famoso, sino apenas un despojo, una baja en el censo, alguien que se va.

A Pedro José se le encoge el corazón cuando divisa un velorio con apenas dos personas en la puerta. Un velorio, claro está, a las siete de la noche, hora punta, no a las nueve de la mañana. Pedro José toma la ruta del parque a toda hora, en

las mañanas y en las tardes. Pero la despedida de solo dos personas a las siete de la noche la considera una tragedia. Ahí, de pronto, el verde del parque Domodossola adquiere un alegórico tono arenoso; ahí, súbitamente, Lima es más que nunca, como bien dijera Sebastián Salazar Bondy con atroz melancolía, una tregua en el desierto.

Una mañana, muy temprano, no serían más de las ocho, se encontró en la absoluta soledad del parque a cuatro hombres de raza negra, altos y fornidos, rigurosamente vestidos de etiqueta. Fumaban cigarrillos con gran estilo. *Hoy tengo dudas*, se dijo. *La pompa, la vanidad póstuma, reflejan una sombría voluntad de trastornar el paisaje. Negros elegantes, cargadores de lujo enviados por la funeraria. A lo mejor no es un muerto de este barrio.*

Tenía razón. El occiso venía de San Borja. Por algún capricho de los deudos, lo estaban velando en Miraflores. Pedro José saludó a un amigo, quien le reveló sin querer ese pormenor. Esa vez, su análisis del velorio resultó más certero, quizá porque no lo hizo al vuelo, mientras pasaba rapidito en el auto, sino cuando merodeaba por el parque, sacando a pasear a Lorenzo, su *golden retriever* cariñosísimo.

Más tarde, en el trayecto de regreso a su casa, vio que aparcaba un ómnibus en el que venía un pelotón de militares uniformados de gala para rendirle honores al muerto. El cuadro no requería de más pinceladas.

¡Un milico!, murmuró entre dientes. *¡Cómo no se me ocurrió antes, demonios!*

No aprueba del todo semejante intrusión, pero la entiende. El velatorio de Fátima es un encanto. Una estancia pequeña (que se llena en un parpadeo, algo muy práctico cuando los deudos demoran), sobria y bien aireada, y con un tragaluz de luminosidad cegadora. Cae la luz sobre un Cristo de tamaño natural, que parece suspendido en el aire. Lo menos que puede decirse de aquel local es que tiene ambiente. Un ambiente sencillo y purificado: el olor a mar, casi un perfume en época de mareas altas, mitiga el prepotente tufillo de las coronas de flores.

Indudablemente, cuando le llegue la hora, Pedro José quiere ser velado en aquella estancia. Para él sería práctico por

partida doble. Vive a la vuelta de la esquina, a menos de ciento cincuenta metros. *Es cosa de darse un saltito*, como tiene por costumbre decir su anciana tía Adolfita, que de seguro vivirá hasta asistir desconsolada a su entierro.

La visión eventual del propio fin inexorable, en todo caso, no lo atormenta. *Eso vendrá en su momento*, cavila Pedro José, *cuando la suerte, el destino o Dios lo quieran. A lo mejor, la vida será generosa conmigo: quizá me obsequie, en un atisbo, el instante preciso en que podré saber y padecer mi fin. Tal vez brote una señal en mi cara, una nube gris, un pliegue descolgado; tal vez yo sea de esas personas a quienes se les concede el privilegio de ver esa señal a la hora de afeitarse, en los ingrátidos minutos en que uno se mira concentradamente al espejo mientras descañona con delicadeza quirúrgica los pelitos de la barbilla.*

—¡Morir mirándome a mí mismo! —chistó—. ¡Empañar el espejo con mi último aliento! —y recordó aquel verso de Baudelaire: «Vivir y morir delante de un espejo».

Pero volvamos al parque Domodossola. Los muertos que vienen de otros barrios, para ser justos, no pasan de ser una anécdota: una rareza inesperada. Los velorios suelen ser discretos, y el parque y el barrio respiran una placidez poética casi a tiempo completo. Hasta los tranquilos domingos, en que se desata una fiesta de campanadas para llamar a las misas del día, son agradables.

Es cierto que a veces rompe la magia el paso fantasmal de una mujer de incipiente senilidad, demacrada y sin maquillaje, estrujando un pañuelo en la mano, y cuyo marido, impertinente el pobre, no ha tenido mejor idea que morir-se en domingo. Pero tengan calma, no hay que hacerse mala sangre. Basta cambiar el rumbo y asunto arreglado.

La paz, la serenidad casi campestre de los alrededores, está garantizada. Y por eso mismo, Pedro José se formula inevitablemente una interrogante que lo pica y no deja de desconcertarlo: *¿Acaso no es increíble, por decir lo menos, que yo ahora ame tanto la tranquilidad?*

—¡Para no creerlo! —se responde.

Y es que, ya se imaginan, el Pedro José de un tiempo atrás, de tan solo unos pocos años atrás, odiaba la tranquili-

dad; la odiaba con encarnizamiento. En su alegre juventud, que él gozó hasta arrebatarse su última esencia, siempre consideró que la rutina de la placidez, la calma burguesa, constituía la lepra de la vida. Y hoy, ¡joder!, se mira a sí mismo y no se reconoce:

—¡Quién es este otoñal individuo a quien le agrada el sosiego! —murmura—. ¡Qué demonios significa este nuevo placer!